

Oppenheim

Un claro en la niebla



Después de la Primera Guerra Mundial, Alemania se vio obligada a pagar enormes reparaciones a los aliados, especialmente a Francia, que había sido el escenario de la mayoría de las batallas. Para evitar que Alemania se volviera a armar, Francia mantuvo el control sobre el corazón industrial alemán en el valle del Ruhr. La combinación de una enorme deuda internacional y la falta de producción llevó a la hiperinflación, la disrupción social y, en última instancia, al éxito de los nacionalsocialistas o nazis. Estos pagos de reparación de los perdedores a los vencedores fueron comunes hasta que se adoptó el plan Marshall después de la Segunda Guerra Mundial.

En esta novela de 1927, Oppenheim nos relata, entre otros episodios, la convocatoria de una gran conferencia en Londres para renegociar la deuda de guerra. Está claro que Alemania está sufriendo y toda Europa está afectada. El gran financiero Felix Dukane se encuentra en Londres con su hermosa hija Estelle. Se rumorea que está dispuesto a prestarle mil millones de libras a Alemania si la conferencia puede limitar la deuda total.

El joven miembro de la alta sociedad estadounidense Mark van Stratton ha estado viviendo en Europa desde el final de la guerra. Es amigo cercano de diplomáticos ingleses y franceses, pero no ha hecho nada útil con su vida. Un encuentro casual entre Mark y Estelle pone su vida en un nuevo rumbo.

El resultado de la conferencia depende de los secretos militares e industriales. La notable precisión de la descripción de Oppenheim del militarismo alemán (escrita en 1927) y sus predicciones sobre el momento de la Segunda Guerra Mundial son asombrosas. Describe el «Club de 1940», una

sociedad secreta alemana dedicada a destruir Francia para esa fecha.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Un claro en la niebla](#)

[Portadilla](#)

[Libro primero](#)

[Capítulo primero](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Libro segundo](#)

[Capítulo primero](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Libro tercero](#)

[Capítulo primero](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Sobre el autor](#)

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

De los tres caballeros que almorzaban juntos en una mesa del Ritz, puede que el más elegante fuera Raúl De Fontanay, Enrique Dorchester el mejor parecido y Marcos Van Stratton el más atractivo. Tanto por su posición como por sus gustos personales eran tan diametralmente opuestos que no era de extrañar la amistad que les unía. Ninguno de los tres era amigo de disputas, y lo meramente controvertible añadía incentivo a sus discusiones. En aquella mañana de mayo la conversación recayó sobre el sexo débil.

—Una comida sin mujeres siempre es un alivio —observó Raúl De Fontanay.

—Es una necesidad si se quiere hablar de cosas serias —asintió Dorchester—. Las mujeres impiden que uno se concentre. Obligan a nuestro pensamiento a elevarse por las regiones de la fantasía. Con ellas no cabe una conversación racional. Estoy convencido de que la comprobación de este hecho movió a nuestros antepasados a prescindir de ellas en las sobremesas apenas tenían oportunidad.

—Lo mejor es que no te oiga ninguna compatriota mía —observó Van Stratton.

El francés sonrió.

—Las mujeres de tu país son adorables —declaró—; pero tienen el defecto de tomar las cosas demasiado en serio. No quieren admitir o reconocer el abismo que separa a ambos sexos. No puedo hablar formalmente con ninguna mujer; solo un hombre puede comprender el motivo de mis afanes y el por qué de mi trabajo. La mujer es nuestro mejor compañero cuando no se interfiere en nuestra carrera, cuando se limita a ser divertida, hermosa y hasta afectuosa.

—Eso está muy bien en una amante —concedió Dorchester— pero nadie en mi país podría apartar a su esposa del lado serio de la vida.

—¡Oh, los ingleses! —murmuró De Fontanay, encogiéndose de hombros—. Hay que tomarlos tal como son... Puesto que hablamos de mujeres, preguntémonos como es que gustándonos a los tres, no nos hayamos casado, ni siquiera comprometido. ¿Cuál es la causa?

—No renuncio a casarme —anunció Dorchester—, y si no lo he hecho ya ha sido por absorberme demasiado el trabajo.

—Pues yo he buscado una mujer —admitió Marcos Van Stratton—; pero no la he encontrado a pesar mío. Admiro a las francesas, más que a las de cualquier otro país, aunque son frívolas y demasiado exigentes con los norteamericanos. Te siguen los pasos, y si te descuidas te suplantán, con deliciosa amabilidad. Las jóvenes inglesas son ideales para el deporte; pero o pecan de reservadas y frías o son vulgares y mordaces. Si me decido algún día a casarme, lo haré con alguna compatriota mía.

—Veo —intervino Fontanay— que soy el único de los tres que pueda justificar el celibato. No me casaré nunca porque condeno la infidelidad y conozco mis limitaciones. Yo no podré ser fiel indefinidamente. ¿Qué le pasa, Marcos?

El joven americano miraba obstinadamente al otro extremo del salón. En su rostro reflejábase una curiosa expresión, y sus ojos seguían fijos. De momento, se calló, y tras un suspiro, rompió el silencio, y respondió, sin apartar la vista de lo que le atraía:

—Mientras viva, le seré fiel a mi esposa, si me caso —declaró— con esa muchacha que acaba de entrar, la del vestido gris, pieles de chinchilla y sombrero de color rosa. Esa será mi mujer.

Estas palabras hubieran sonado a banales de no ser por el tono de sinceridad con que fueron dichas.

—Me has intrigado —declaró Raúl De Fontanay, poniéndose el monóculo y mirando hacia donde estaba la joven.

—Me has emocionado —confesó Dorchester—. Marcos, me impresiona tu melodramática ingenuidad. Te ruego que me indiques quién es tu favorita.

—No cabe error, si te fijas —repuso Dorchester—. Es aquella que frente a nosotros acaba de sentarse en la mesa que hay junto a la ventana y que va acompañada de un señor de edad. No es la más bella, ciertamente; pero sí la joven más atrayente que he visto en mi vida.

De Fontanay miró en aquella dirección, y su actitud se modificó un tanto. Dejó caer el monóculo y lanzó un silbido casi inaudible. Dorchester parecía haberse contagiado del entusiasmo de su amigo.

—Es tan hermosa como una porcelana de Dresde. ¿Quién es, Marcos?

—No lo sé... aun.

—Yo sí —replicó Raúl—, por lo menos sé cómo se llama. La acompaña su padre.

—Dime quién es... —le instó Marcos, apremiante.

La sorpresa De Fontanay estaba justificada.

—¿Pero no la conocéis?

—No tengo ni idea —confesó Van Stratton.

—Ni yo —afirmó Dorchester.

Raúl De Fontanay acercó a sus labios la copa, con gesto aprobatorio. Poseía el sentido de lo dramático y su pausa contribuyó a dar peso a sus palabras. Además, el vino era delicioso y demasiado bueno para no paladearlo.

—El padre es uno de los hombres más populares en los periódicos y el menos conocido en el orden personal. La prensa no le regatea adjetivos cuando habla de él, tanto encomiásticos como histéricos. Se le ensalza como un salvador de la humanidad, como el hombre más poderoso de los tiempos modernos, o se le presenta como descendiente directo de Satanás, montado en uno de los malditos caballos del Apocalipsis, sembrando ruinas y destrucción por

donde pasa. Todo depende de la posición que cada cual ocupa en la vida. Es Félix Dukane.

—¡Félix Dukane! —farfulló Marcos.

—¡Dukane! —repitió con admiración Dorchester—. ¡Jamás me hubiera figurado que fuese él!

—Es una personalidad que excita la imaginación —continuó De Fontanay—. Raras veces se le ve en lugares públicos. Nunca recibe a los periodistas, y la única vez que un fotógrafo consiguió hacerle una instantánea, le rompió la máquina de un bastonazo. Fijaos en sus espaldas. Sería un mal enemigo, pues es prodigiosamente fuerte.

La admiración atávica nacional por la riqueza hizo que Marcos se sintiera impresionado. La imaginación de Dorchester estaba como deslumbrada por el inesperado encuentro del Hombre Misterioso que intrigaba a todo el mundo.

—¡Félix Dukane! —murmuró—. ¡El único hombre capaz de sembrar el pánico en Wall Street!

—Y no es sólo su inmensa fortuna la que cuenta, sino que es el financiero que maneja más dinero —observó Raúl De Fontanay—. Una palabra suya basta para conmover los bancos de Londres, París y Nueva York. Le considero el factor más decisivo en las finanzas de nuestro siglo. Sería un poder maligno si se propusiera hundir el mercado mundial del dinero.

—¿Qué estará haciendo en Londres? —reflexionó Dorchester.

—También me intriga a mí —confesó De Fontanay—, y para ser sincero os diré que Londres no es ciudad de su devoción, por lo que apenas viene por aquí. Algo se estará fraguando.

Marcos se mostraba profundamente desinteresado de tales comentarios.

—Di, Raúl —preguntó—, ¿cómo es que conociendo al padre no hayas hablado nunca con la hija?

—¿Cómo iba a conseguirlo? —replicó el francés—. Socialmente, Dukane no existe. No corresponde jamás a las invitaciones que le envían en todas las capitales que visita. Les vi por casualidad en la última temporada de Montecarlo. Llegó en su yate y a los pocos días se marchó, tal vez enojado por la expectación que su presencia había suscitado.

—¿De qué nación es? —preguntó Dorchester.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta; pero viaja con pasaporte inglés. Su mujer era griega, hija de un primer ministro. No la vi jamás; pero en París me dijeron que era una belleza.

—Raúl, ¿tendrías medio de presentarme a Dukane? —le interrumpió Marcos.

De Fontanay movió pensativo la cabeza.

—Me temo que no. Si se tratara de otro, lo intentaría; pero Félix Dukane es un caso excepcional. Observa con qué frialdad mira a la gente que le rodea. Me reconoció al llegar; pero no demuestra la más leve curiosidad por mí.

—Es una lástima. Deseo tratarle, y ha de ser pronto —persistió con obstinación el joven.

—Yo también quisiera conocerle —afirmó Dorchester con una seriedad desusada en él.

Prosiguió el almuerzo; pero se había desvanecido el interés por la conversación. La atención de Marcos y Dorchester estaba fija en Félix Dukane y su hija. De Fontanay, que aquel día era el anfitrión de turno, soportó con filosofía la indiferencia de sus amigos por todo lo que no tuviera relación con aquel hombre extraordinario y su hija. Al salir del restaurante, cogió del brazo a sus amigos, y les dijo en tono zumbón:

—Amigos míos, la verdad es que consideráis a las mujeres con más seriedad que yo... Instintos raciales, sin duda. Pero permitid que os diga una cosa: el amor de una mujer es algo digno de respeto; pero opinó que una amistad como la que nos une a los tres, es superior. No lo olvidéis.

—Claro que no —asintió Dorchester.

—Desde luego —murmuró casi mecánicamente Marcos.

—Y ahora voy a ver si me es posible presentaros a la muchacha —añadió De Fontanay—. Tomaremos el café en esas mesas, y tal vez se presente una oportunidad.

CAPÍTULO II

Se sentaron a una mesa desde la que dominaban la salida del restaurante. Las miradas de Marcos y de Dorchester no se apartaban de la puerta. Charlaban de una manera discontinua, y se notaba a la legua que Marcos estaba febrilmente impaciente. Por fin ocurrió lo inevitable.

—Ahora vienen hacia aquí —declaró anhelante—. Tendrás que darte maña, Raúl. El viejo parece preocupado.

De Fontanay, con un gesto de resignación se puso de pie, y los otros dos, en actitud expectante, fijaron sus miradas en la pareja que se aproximaba. El padre y la hija no se parecían en nada. Félix Dukane era bajo, musculoso, de cabeza grande en proporción al resto del cuerpo, tenía el labio inferior prominente, el cabello entrecano, la tez pálida y los ojos apagados. Cruzó el salón con impavidez, sin fijarse en nada ni en nadie. La joven que iba a su lado unía a sus dotes de elegancia uno de esos físicos que desafían toda descripción y desarman toda crítica. Era algo más alta que su padre, delgada, de cabellos color castaño claro y tenía los ojos de color de ámbar que miraban con amable curiosidad, una fina y perfecta complexión que exhalaba juventud y lozanía, boca grande, pero maravillosamente atractiva, con una leve nota de humor en los labios. El padre parecía querer salir pronto, sin mirar a nadie y a ser posible sin que nadie le reconociera; su hija, en cambio, mostraba cierta disposición a curiosear y se fijaba en cuanto la rodeaba con interés y complacencia. De Fontanay, haciendo acopio de todo su valor, como más tarde confesó, se interpuso en el camino de Dukane con una leve inclinación de cabeza, y extendió su mano.

—Creo que es esta la primera vez que tengo el placer de verle en Londres, señor Dukane —comenzó a decir—. Recordará que nos presentaron en la embajada francesa de Roma, y que luego estuvimos juntos en una cacería presidencial en Rambouillet. Soy el coronel Raúl De Fontanay.

—Le recuerdo a usted, coronel —admitió Dukane, sin aspereza, pero sin entusiasmo, ciertamente.

—Sería un gran placer para mí que me presentara a su hija —expresó Fontanay.

La presentación fue hecha, de mala gana por Dukane, pero con visible complacencia por parte de su hija. Los tres empezaron a charlar amistosamente; pero, con todo, los esfuerzos encaminados al fin que se había propuesto el coronel, eran de resultado dudoso.

Las maneras de Dukane seguían siendo bruscas, y daba signos de querer evadirse.

Los dos amigos contemplaban al grupo ansiosamente, cambiando algunas frases con gestos de nerviosismo.

—He de reconocer, Marcos —confesó Rochester— que tienes mejor gusto que el que te atribuía. Salvo una sola excepción, la hija de Félix Dukane es la mujer más atractiva que conozco.

—No sabes lo que te hablas —fue la ruda contestación—. En este caso no caben excepciones, ni una sola.

Dorchester golpeó un cigarrillo sobre la mesa, y lo encendió.

—Pasaron los tiempos —replicó— en que mi deber hubiera sido montar en un trotón revestido con incómoda coraza y realizar prodigios de valor con el arma más inefectiva que la mente pueda concebir para lidiar en defensa de mi dama... ¡Oh, vienen hacia nosotros! ¡Bravo por Raúl! ¡Salió con la suya!

Fontanay había triunfado con la única estrategia posible: la de hacer el requerimiento y no esperar la réplica. La muchacha se dejaba llevar. La empresa iba a tener un desenlace favorable.

—Señorita, me permito presentarle a mis amigos... lord Enrique Dorchester y Marcos Van Stratton... La señorita Dukane... El señor Félix Dukane. Les he invitado a tomar el café con nosotros.

Los camareros, muy solícitos, les dispusieron sillas, y hacia el grupo convergieron todas las miradas cuando el rumor general identificó al rey de las finanzas. Dukane respondió a las corteses palabras de su anfitrión con fríos monosílabos. Tenía el aire de un hombre que se somete a la fuerza a un convencionalismo social que hubiera querido evitar. Dorchester atrajo primeramente la atención de la joven; pero ésta no tardó en dirigirse a Marcos:

—¿Es usted americano? —le preguntó.

—Lo soy, aunque no me porto como un buen patriota, pues la mayor parte de mi vida ha transcurrido aquí —explicó.

—Estuve en Nueva York el año pasado —manifestó la joven—. ¡Es delicioso! Pero me aburrí porque mi padre anduvo todo el tiempo ocupado en sus negocios. Ha sido una feliz coincidencia encontrar a su amigo lord Enrique, a quién no hace una semana le oí hablar en la Cámara de los Comunes. Del coronel De Fontanay sé que es un soldado famoso... ¿Y usted qué hace?

Marcos se sintió momentáneamente desconcertado, lo directo de la pregunta y la mirada amistosa que le dirigía, le embarazaban.

—Me temo ser lo que llaman un haragán —contestó—. Por lo general, aquí abundan más que en mi país. Es una consecuencia de la guerra. Desde entonces no me dedico a nada en particular.

—Pero usted practicará deportes, ¿no? Leí su nombre entre los jugadores de polo, y hasta creo que le vi jugar en Ranelagh.

—Es posible —asintió Marcos.

—Y cuando transcurra la temporada —persistió la joven—, ¿en qué ocupará sus horas? Sin duda tendrá negocios